

Si Mr. Castille no comprende todavía el sentido de la expedición, buen provecho le haga, y siga complaciéndose en pintar como enigmáticos y misteriosos los designios del señor de las Tullerías.

En México, sin esperar sibilas que nos expliquen estos modernos oráculos, comprendemos perfectamente que se trata de arrebatar nos nuestra independencia, y esto nos basta y nos sobra para frustrar el grandioso proyecto de la fundación de la Algeria americana y de la comedia de magia en que se cree que la opresión de México ha de resolver todas las cuestiones que Napoleón III ha embrollado en el viejo continente.

ARTICULO V.

El segundo artículo del "Esprit public" de Paris.

Poco efecto debieron causar en la opinión pública en Paris las fantasmagóricas explicaciones de la expedición contra México, dadas por Mr. Hyppolite Castille, cuando él mismo confiesa que causó asombro el título de sus artículos, nota con enfado que hay quienes persistan en no comprender el carácter, ni el alcance de la empresa acometida por Napoleón, y dispensándose de la tarea de persuadirlos, los llama espíritus prevenidos ó poco ilustrados porque no aplauden hasta más no poder los misterios que no comprenden.

Véase obligado, sin embargo, á entrar en nuevas ampliaciones para justificar y defender la política de las Tullerías, y comienza por asegurar que, la cosa más grande que haya emprendido el gobierno francés, es la expedición á México, fundándose en que así lo decía Mr. Pasquier, el celoso partidario de la rama de Orleans, y le pesaba morir antes de ver el término de este embrollo. Este argumento que tan concluyente parece al *Esprit public*, en nadie hará fuerza, puesto que la curiosidad de Mr. Pasquier nada tiene de extraordinaria, cuando todos los hombres quisieran ver el fin de los acontecimientos que comienzan á presenciarse, y que según parece, el amigo de Luis Felipe, sólo calificaba de grande la empresa, y no avanzaba hasta tenerla por justa, conveniente ó realizable.

Si comprendía como comprende el mundo entero, que la Francia no necesita sacrificar la vida de sus soldados, ni gastar

sumas inmensas para arreglar las reclamaciones que tiene contra México, nos parece que debía condenar la expedición como innecesaria, como gravosa y como injusta, y que acaso en su consumada experiencia se prometía ver, no la reparación, sino la expiación de las cien faltas del imperio del 2 de Diciembre. Pero sea de esto lo que fuere, triste nos parece la causa cuya justicia pretende fundarse en el hecho de que un anciano ó un moribundo sienta apego á la vida!

El *Esprit public* que con su primer artículo no pudo hacer popular la expedición, nos dice en el segundo que, el gobierno francés se ha determinado á ella por razones de política general y permanente, y que estas razones son numerosas, considerables y muy diversas; pero se abstiene de enumerarlas, y volviendo á sus castillos en el aire, no alega un sólo motivo de justicia, no articula una sola queja contra México, y repite sus declamaciones para la propaganda del bárbaro derecho de conquista.

Con la expedición de México, dizque el emperador continúa el desarrollo del sistema político que inauguró en Europa el día en que pidió que la España fuese admitida en el rango de las grandes potencias europeas. No adivinamos la analogía que haya entre estas dos cuestiones. Para engrandecer á España, para darle mayor influencia en los consejos de la diplomacia europea, no nos parece buen camino transformar á México en colonia francesa, pues por el contrario, si tal metamorfosis llegara á consumarse, en nada favorecería los intereses de la España, y sí comprometería mucho las posesiones que aún tiene en las Antillas. Si la elevación de la España era una prueba de simpatía á la raza española ó latina, como dicen Castillo y Zuloaga, hay inconsecuencia notoria en querer esclavizar á una República de la misma raza, y cuya conquista sería un triste síntoma de decadencia para la misma España, una degeneración vergonzosa de los países, que durante tres siglos gobernó en este lado del Océano, dejándoles su sangre, sus costumbres y su lengua.

Con la expedición de México, dizque continúa el emperador lo que comenzó en Italia el día en que rechazó en el cuadrilátero al Austria, negándole la fortuna la ocasión de rechazarla hasta el Adriático. Esto es todavía más incomprensible. Para continuar la obra que detuvo la paz de Villafranca, burlando las esperanzas del pueblo italiano, no vemos la necesidad de

venir á México, cuando lo más natural, lo más sencillo es obrar, ó dejar obrar en la misma Italia que, llegando al Tíber, rechazaría al tudesco del Adriático. ¿Viene la Francia á México para encontrarse con el Austria, ante la que retrocedió dejando en sus garras á Venecia? ¿Viene á combatir en América á los grupos greco-slavos? Dislates son estos que nunca explicará el fecundo Mr. Castille, sobre todo, si se acuerda de que no há muchos meses Napoleón, que opone su veto á la integridad de la Italia, creía hacedero volver rey de México al archiduque Maximiliano.

Que la expedición de México, dice Mr. Castille, difunde notable claridad sobre lo pasado. Parécenos todo lo contrario: esta empresa hace más y más tenebrosos los designios de la Francia, tanto en América como en Europa. Se añade que Napoleón aspira á recobrar la dirección del grupo latino, abandonada desde la muerte de Luis XIV, á reunir los elementos de este grupo prontos á disolverse, no sólo por las invasiones de los greco-slavos y de los anglo-sajones, sino por el fermento de discordia que desde la batalla de San Quintín ha criado odiosas distinciones entre los latinos del Norte y los del Mediodía, entre los católicos españoles y los ultramontanos, y los católicos más ó menos galicanos. ¡Oh furor de la palabrería! ¡Cómo convertes los escritos de Mr. Castille en desierto de ideas!

¿Qué quiere decir todo este intrincado galimatías? ¿Qué tiene esto que ver con la cuestión mexicana? A falta de razones de justicia y de conveniencia, es preciso aplaudir con bombo, chinesco y platillos la política imperial, y es menester recurrir á la hojarasca de las citas históricas, de la cuestión de razas y de las religiones, para no decir nada en resumen, y así llenar las columnas de uno de los más famosos diarios de Paris, intérprete de los planes de Napoleón III.

Interpretar el sentido de este pasaje en que andan confundidos Luis XIV, los greco-slavos, los anglo-sajones, los latinos, los católicos españoles, los ultramontanos y los galicanos, y percibir la conexión que todo esto tenga con la nueva política francesa en México, es empresa más árdua que la de comentar el Apocalipsis. Renunciemos á ella de buena gana, limitándonos á esperar por otro paquete la solución de estas atrevidas charadas del *Esprit public*, si es que Mr. Castille no tiene ya como Mecenas, sus pretensiones á ser incomprensible.

Sin poder ni siquiera entrever la analogía del asertijo con la expedición á México, nos parece que Napoleón antes de tomar sobre sí la dirección del grupo latino, debiera contar con la voluntad de este grupo para dejarse por él dirigir, tenemos por quimera irrealizable que un Bonaparte siga la política de Luis XIV despues de haber pasado la Francia por la revolución de 1789 y por los pronunciamientos de 1830 y de 1848, y la feliz ocurrencia de mediar entre galicanos y ultramontanos, no nos parece de Napoleón, sino exclusiva de su celoso apologista. ¡Se encuentran siempre en las apologías tantas y tan garrafales extravagancias!

El grupo latino poca fé ha de tener en la dirección napoleónica, cuando ve que no puede terminar la cuestión italiana, sea por miedo, por incertidumbre, ó por diplomacia que no sabe á dónde va.

De cuestiones religiosas harían bien de no hablar los periódicos ministeriales de Paris, ni con la vaguedad del *Esprit public*, cuyas palabras nadie puede adivinar si son favorables á los galicanos ó á los ultramontanos. ¿También en la cuestión religiosa querrá Bonaparte ser el continuador de Luis XIV?

Cuando se declara á los obispos y arzobispos miembros del Senado en razón de su dignidad eclesiástica; cuando se arroja con ignominia de la cátedra del colegio de Francia á un sábio profesor, porque se atreve á considerar las religiones como de institución humana, y las doctrinas del cristianismo como hijas de la sana filosofía; cuando se sufren los insultos de las cofradías; cuando el jefe del Estado, comparado en tono de ultraje en el sermón de un obispo al rey Herodes III, no halla otra cosa que hacer que quejarse con el Papa para que la Santa Sede sea quien reconvenga al prelado; y cuando á pesar de todo esto se habla de libertad de cultos, y de libertad de enseñanza, y de la supremacía del Estado, y se decantan los principios de 1789, sería mejor, y más pudoroso, no hablar de la cuestión religiosa, sobre todo tratándose de México, siquiera porque las leyes de reforma de la pretendida Nueva Algeria en esta materia van mucho más adelante que las del imperio francés. Todos estos antecedentes, y las palabras de Castille, harían temer realmente la resurrección de la política de Luis XIV, nuevas dragonadas, y que la Francia trabajara por la unidad religiosa, si todo este retroceso fuera posible en el siglo en que vivimos. . . . Pero no hay que te-

mer tales cosas; Mr. Castille escribe esto para llenar papel, y porque no tiene razones con que defender, ni puede explicar esa "nueva actitud de la Francia, que se dibuja ámpliamente en la trama de la historia contemporánea."

El *Esprit Public* se jacta de que la Francia se haya quedado aislada en la expedición de México, y cree que este aislamiento la engrandece; pero lo mismo que Forey, se abstiene de recordar los motivos que la Inglaterra y la España tuvieron para separarse de la obra de iniquidad emprendida por Napoleon. Si la Francia sola consumara todo lo que se propone en América, engrandecería su poder militar, no lo negamos; pero el aislamiento en que ha quedado, rebajaría hasta el último grado la justicia de sus actos.

Si el mundo tiene fijos en ella los ojos, no es porque crea que viene á México en nombre del grupo latino, ni porque aplauda que se proponga abrir una Algeria Americana, ni mucho menos porque espere que venga á servir á la causa de la libertad, sino porque se siente ofendido por tanta injusticia, alarmado por tanta ambición, que unas veces se disfraza con hipocresía y otras se ostenta con descaro.

¿Y cómo ha de ser de otro modo, cuando despues de burlar las esperanzas de Italia, la Francia en México falta á todos sus compromisos, mancha su bandera en la más infame alianza, desdeña á la Gran Bretaña y á la España, con cuyo concurso y conformidad se había obligado á obrar, y recorriendo el velo de sus designios, se declara franca y abiertamente conquistadora, sin invocar más derecho que el de la fuerza?

Y como si todo esto no fuera bastante, se quieren llamar más y más las miradas del mundo, declarando que se ha estado en acecho de la guerra civil de los Estados Unidos, y que se trae la contra de la doctrina de Monroe, para esclavizar y conquistar á toda la América Española.

Y al descubrir este proyecto, se dice que se viene á quitar á la Inglaterra el monopolio del abolicionismo, que se pretende poner un valladar á los confederados del Sur, cuando se fomenta y se protege su insurrección contra los Estados del Norte, y por último, se proclama la intervención francesa en toda la América.

Se figura el *Esprit Public* que la Francia va á adquirir en América una posición tan fuerte como en Roma, sin el embarazo del papado y el pueblo italiano. Aquí no habrá ese embarazo mantenido adrede

por Napoleon; pero surgirán las dificultades de extinguirse todas las nacionalidades americanas, que han de oponer la más vigorosa, la más tenaz resistencia á convertirse en nueva Algeria.

Cuando todo el proyecto esté consumado, se dictarán las condiciones del principio de libertad, como si la libertad tuviera condiciones dictadas por un opresor extranjero.

La intervención francesa viene á probar á este continente que la solidaridad humana y la libertad de los cambios no son vanas palabras, y en nombre de tales principios se pretende la intervención y la conquista, y la extinción de las nacionalidades.

Tal es el conjunto de intereses políticos y del orden más elevado que el *Esprit Public* encuentra en la expedición de México, para justificar la curiosidad de Mr. Pasquier, el buen señor que no quería morir sin ver el término de estos acontecimientos.

Nosotros nos complacemos de que se exponga tal conjunto de intereses políticos y del orden más elevado, no por explicarnos los últimos pensamientos de Mr. Pasquier, sino porque ese conjunto desmiente todos los motivos ántes alegados para traernos la guerra, desemboza las miras infucas del emperador de los franceses, y no hará más que acrecer la alarma de las nacionalidades americanas, poco dispuestas á ofrecer al soldado y al colono frances una nueva Algeria; y que ante el peligro que á todas las amaga, no contemplarán indiferentes esa nueva actitud de la Francia, que se dibuja ámpliamente en la trama de la historia contemporánea.

Ante las revelaciones del *Esprit Public*, ¿qué queda de las palabras del general Forey? Nada, absolutamente nada. Darles algún valor, sería engañarse torpe é indignamente.

ARTICULO VI.

Conclusiones.

Con calma y sin pasión hemos analizado hasta donde lo permite su vago y enigmático sentido, las contradictorias declaraciones que de la nueva política francesa han hecho en Veracruz el general Forey y en París el periódico que bebe sus inspiraciones en la región más elevada. De este análisis hemos inferido que, una de las dos declaraciones tiene que ser falsa, y

que Forey ó Castille tratan sólo de enganar el primero al pueblo mexicano, y el segundo de extraviar la opinión del pueblo frances. ¿Cuál de estas dos declaraciones ha de tenerse por verdadera, como expresión fiel de los sentimientos del emperador? Cuestión es ésta de escásísima importancia para nuestra patria, una vez que son igualmente agresivos é injustos los planes revelados por Forey y los indicados por Castille. En todo caso, se trata de una guerra de invasión que no cuida de invocar el menor pretexto de justicia; y si tiene por objeto la intervención en nuestro régimen interior, ó la conquista de nuestro territorio para convertirlo en colonia francesa, esta diferencia no cambia la cuestión, no merece ser considerada por nosotros, y en cualquiera de las dos alternativas indicadas, no necesitamos discutir cuál es la actitud que debemos tomar ante la nueva política francesa. Esta actitud es la que aconsejan la dignidad nacional, el derecho que tenemos de ser nación independiente, y de gobernarnos como más nos convenga; y esta actitud es la guerra, y sólo la guerra, hasta que el enemigo abra los ojos á la luz de la razón y la justicia, y vuelva al terreno de los tratados, cobrándonos las deudas legítimas que tenga contra nosotros. No regatearemos entonces, no le pediremos que nos rebaje un solo peso; pero tampoco le concederemos nada que en lo más mínimo vulnere nuestra soberanía como pueblo independiente.

Si Forey quiere reparar el *negocio* de Puebla, ocupar á México, crear nuevos ayuntamientos, convocarnos á elegir un nuevo gobierno á la sombra de las bayonetas francesas; y si nos promete apoyarlo despues contra todos los disidentes, aunque resulte electo el mismo Sr. Juarez, nuestro deber es no omitir esfuerzo ni sacrificio en que haya nuevos *negocios*, como nuestro espléndido triunfo del 5 de Mayo, defender palmo á palmo nuestras ciudades, sin desalentarnos ante ningún desastre, hacer que el enemigo sea sólo dueño del terreno que pise, y desechar enérgicamente todas sus promesas, todos sus halagos, toda su oprobiosa intervención. En ninguna población ocupada por el enemigo, debe un solo mexicano votar en las elecciones de ayuntamiento, ni en las del nuevo gobierno, y los que tal hagan alucinados por falsas ofertas, serán traidores á la patria, porque sancionarán con su voto la más infuca, la más repugnante usurpación. México tiene instituciones y gobierno que se ha dado por sí mismo libéri-

mamente; ni estas instituciones, ni este gobierno necesitan de la aprobación de ninguna nación extranjera; tienen la legitimidad que se deriva de la voluntad nacional; y si tuvieran el apoyo del invasor, estas mismas instituciones se convertirían en ominoso yugo, y este mismo gobierno degeneraría en instrumento de bárbara opresión.

Llevamos tan adelante en este respecto nuestras ideas, que si dudáramos de la legitimidad del gobierno y de las instituciones, y creyéramos necesaria una revolución para lograr un cambio favorable á la República y á nuestros principios políticos, prescindiríamos hoy de nuestras aspiraciones, las reprimiríamos, las emplazaríamos indefinidamente, ántes que adoptar para ellas la ayuda del extranjero. Todavía más; si México estuviera hoy regido, como lo ha estado otras veces, por un usurpador que abusara del poder y de la fuerza, y que fuera enemigo de nuestros principios, nos pondríamos del lado del usurpador, con tal que defendiera la independencia, y preferiríamos ser esclavos de un despotismo, hijo de nuestras intestinas discordias, á vernos manumitidos por una potencia extranjera. Comprendemos que hay degradación en los pueblos que se dejan oprimir por un tirano ó por una facción; pero es mayor la infamia y el vilipendio del pueblo que se declara cobarde y sin aliento para conquistar su libertad por su propio esfuerzo, y miserable acude al favor del extranjero.

La opresión intestina no puede ser duradera, y el pueblo puede quebrantarla. En la protección extraña hay el colmo del envilecimiento, y aceptarla, no es más que cambiar de cadena.

Por fortuna, México no se encuentra en este caso, y al defender su independencia, defiende al propio tiempo sus instituciones legítimas y su libertad, y esta circunstancia debe redoblar su entusiasmo, pues el invasor pretende arrebatárle con su autonomía, todos los bienes positivos que ha alcanzado en medio siglo de sacrificios.

Si es cierto el proyecto de intervención explicado por Forey, la guerra es nuestro único recurso, nuestro solo arbitrio, y la guerra nos salvará de la muerte y de la infamia.

Es verdad que Forey ha desconocido á Almonte, y que promete no proteger exclusivamente á ningún partido; pero no hay que dar á este acto ni á esta promesa, un valor político que están muy lejos de tener. La destitución de Almonte,

es en sí misma un acto de intervención que tiene que sufrir el partido conservador que á ella apeló. No es un favor al partido liberal, puesto que el simulacro del gobierno del titulado jefe supremo, no ha sido más que la demostración palpable de la impotencia y nulidad del partido latino, y no hubiera existido ni un día, si no hubiera brotado de entre los equipajes del ejército invasor. La destitución de Almonte no es en fin, más que una prueba de la versatilidad de Napoleón, que quema hoy lo que ántes adoraba, y que camina sin plan en la cuestión de México.

Forey, que pretende venir como árbitro supremo entre nuestros partidos políticos, y que promete no proteger á ninguno de ellos, mantiene sin embargo á su lado y entre sus filas á los varones de espíritu fuerte que han traicionado á su patria, y que no son más que salteadores y asesinos.

Esta contradicción es augurio de otras mil supercherías. ¿Qué libertad ha de haber en las elecciones de Ayuntamiento? ¿No es creíble que se guarde á Almonte, para hacerlo aparecer como candidato triunfante en las elecciones convocadas por Forey, cuando haya tomado la capital? ¿Ignoramos acaso cómo se juega en Francia al sufragio universal, y cómo se jugó en Nizza y Saboya, para su anexión al imperio?

Lo repetimos, contra las verdaderas intenciones del emperador, cuyo heraldo ha sido Forey, no tenemos más arbitrio que la guerra.

Si lo verdadero es lo explicado por el *Esprit public*, estas explicaciones ilustran más y más la conciencia del pueblo mexicano, le hacen ver que Napoleón no tiene ni el menor pretexto de justicia para ser nuestro enemigo, y le revelan su grandioso designio de convertir á México en Algeria americana, en colonia francesa explotada, esquilada y oprimida por el soldado y el colono, sólo porque tiene que parodiar á Luis XIV, y por quién sabe qué cuestiones metafísicas entre las razas latina, anglo-sajona y greco-slava, y por quién sabe qué controversias teológicas entre galicanos y ultramontanos!

Al derecho de conquista proclamado como en los tiempos de Tamerlán ó de Darío, ¿qué hay que contestar si no la guerra defensiva y enérgica que se hace por los pueblos libres á los invasores y á los piratas en grande escala? Para que no se nos trate como á las tribus del Africa, pa-

ra que no volvamos á ser vasallos de una potencia europea, no nos queda más arbitrio que la guerra. El pueblo que luchó once años para hacerse independiente de España, cuya dominación estaba arraigada por el trascurso de tres siglos, no se dejará arrebatar en una batalla su independencia para ser una nueva Algeria.

Sea cierto el proyecto revelado por Forey, séalo el explicado por Castilla, México no tiene más recurso que la guerra hasta que su enemigo vuelva al terreno de los tratados, ó hasta sucumbir con gloria, sin que de su derrota derive el invasor ningún derecho que no sea el de la más escandalosa usurpación.

Para hacer la guerra no debe omitirse ningún esfuerzo, y se necesita redoblar la actividad y el entusiasmo para improvisar ejércitos y atender á su subsistencia. Esta es la primera y más preferente atención del país, si ha de mostrarse digno de ser libre é independiente. Sobre todo, no debe intimidarse ante la nueva actitud que toma la Francia, actitud que es un insulto y una amenaza al mundo entero.

Tenemos confianza en el éxito de la contienda que solos habremos de sostener, luchando no sólo por nuestra independencia, sino por los principios universales de la justicia, de la civilización y de la libertad.

Más de una vez hemos dicho que no esperamos auxilio material de ninguna otra nación, aunque vamos á combatir por la libertad y por los derechos de todos los pueblos. Sin embargo, no por nuestro interés, sino por los del mundo, al mismo tiempo que obren las armas, creemos que deberá obrar la diplomacia, no en el sentido que le da Mr. Castilla, sino con un fin claro y bien determinado. El aislamiento en que ha quedado la Francia, la engrandecerá ó nó, esto nos importa poco pero demuestra que no creen justa su empresa las otras dos potencias signatarias de la convención de Londres. Convendría, pues, en nuestro concepto, aclarar nuestra situación con respecto á Inglaterra y España, averiguar de un modo terminante si se conforman con que Forey diga que viene á defender los intereses comunes de la triple alianza, y si están ó nó dispuestas á cumplir como á sus intereses conviene con los preliminares de la Soledad. Si al Francia los violó, no tiene derecho á exigir que otras potencias cometan el mismo atentado, y así es incomprensible que ni el gabinete de Londres, ni el de Madrid, hayan dado ningún paso hácia el terreno

de los tratados en que ofrecieron colocarle para arreglar sus cuestiones pendientes con nosotros.

Con respecto á los Estados Unidos, es preciso llamar la atención sobre la contradicción de la doctrina Monroe que pretende traer á América la Francia, después de fomentar las disensiones civiles de la patria de Washington. Los Estados Unidos están obligados, por su honra, por sus antecedentes históricos y por sus intereses, á no permanecer impasibles ante la nueva actitud que acaba de tomar la Francia.

Todas las Repúblicas hispano-americanas están amenazadas desde que comenzó la cuestión mexicana; sobre todas se harán pesar exageradas reclamaciones; para todas se pensó en tronos de príncipes extranjeros; todas caben en el mapa de la nueva Algeria. En el continente entero el espíritu público comprende bien que la suerte de México importa á los pueblos sus hermanos, y hay vivas simpatías para nuestra causa. Pero es tiempo ya de que las ideas y los sentimientos produzcan algo en la práctica.

Ante esta nueva actitud de la Francia que tan ampliamente se dibuja en la historia contemporánea, nuestro primer recurso es la guerra, la guerra intransigible y tenaz, pero con la guerra puede combinarse el esfuerzo de la diplomacia en América. No hay que circunscribir la contienda á sólo nuestros intereses, ella afecta al mundo entero, y nosotros al luchar, debemos también, por servir á la humanidad, advertir á los pueblos el peligro que corren, si el emperador de los franceses llegara á extinguir nuestra nacionalidad.

FRANCISCO ZARCO.

LA GUERRA NACIONAL Y LA REVOLUCION.

I.

La guerra nacional ha comenzado. Dentro de pocos días los invasores avanzarán sobre nuestros primeros puestos, y volverá á tronar el cañon como en los días memorables de Mayo. Un ejército poderoso va á adelantarse al interior del país vomitando por todas partes la destrucción y la muerte. ¡Nuevos combates, nueva sangre, nuevos horrores!

Y sin embargo, no se sabe todavía cuál es la causa de esa guerra. Es una furia

desencadenada que destruye cuanto halla á su paso, que tala, que quema, que despedaza, sin que sea posible contenerla. Es el rayo que cae de improviso sobre el árbol de la paz, reverdeciente apenas, y lo desgaja y lo marchita.

No comprendemos esa guerra. La rechazan la justicia y el buen sentido. Cuando México, sofocada por las guerras civiles, acerca sus labios secos al límpido raudal de la paz, halla que se ha convertido en sangre, como las aguas del Egipto. No comprendemos esa guerra. Comprendemos sí, que se recurra á la guerra en el último extremo; comprendemos que la sangre sea la última satisfacción de las naciones, y que se recurra á la conferencia de las armas, cuando no basten las conferencias de los hombres; pero se nos hace imposible que el fuego sea la primera razón de un gobierno, y que veinte mil soldados franceses en el territorio de la República, sean la primera reclamación de Francia. Admitimos como una necesidad triste de la época esos *juicios de Dios* entre los pueblos, ménos disculpables que entre los individuos, y hemos visto decidirse las cuestiones internacionales en el tribunal de la fuerza, después de haber pasado por el tribunal de la razón. El estampido de los cañones es la última palabra de los pueblos; pero no la primera. Y si la guerra es el último extremo de la razón, ¿cuál será el último extremo de la guerra? Si esa fuerza, que puede llamarse la gravitación de la sangre, atrae toda desavenencia á la guerra, y toda guerra al honor; si por una progresión incalculable pasamos de la calma de una disputa razonada á la violencia de una amenaza, y de ésta al ardor de una batalla, ¿cuál podrá ser el efecto de aquella fuerza que va á obrar más enérgicamente, de esta progresión que crecerá quién sabe hasta dónde? Si el pedruzco de las ruinas de un pueblo, es el dólmen por el que ha de correr la sangre ofrecida á la paz en otro pueblo, ¿cuánta sangre deberá ofrecerse entre Francia y México?

Esa cuestión traída desde luego al campo de batalla, esa conferencia de dos ejércitos en que las razones son las armas; los argumentos, cambio de frente y evoluciones, y en las que los cañones son los intérpretes de los pueblos; esa conferencia en que se habla el lenguaje de la artillería y de las bayonetas, y en la que caen por tierra no razones sino cadáveres, ¿podrá tener un desenlace favorable? La espada, esa razón de acero triunfará allí, porque es la más dura de las razones. La justicia